

peraba encontrar en él á Ester Sandraz. Cuando vió que no estaba, volvió la espalda para retirarse, despues de haber cambiado algunas palabras insignificantes con su mujer.

—Te pido un instante de audiencia, Enrique, díjole en el momento en que salía.

Detúvose él y volviendo sobre sus pasos, preguntó con tono adusto:

—¿Qué tienes que decirme?

—Quisiera, respondió resueltamente Enriqueta, rogarte que dés á Mr. Federico Deschamps la plaza de ingeniero vacante en la fábrica!

—¡Todavía!

—Cuando te hablé en su favor, hace tres semanas, me respondiste que no habia plaza vacante. Hoy sé que hay una, y te la pido para mi amigo de la infancia.

—Este es un asunto de administracion, Enriqueta, y por lo tanto, no te incumbe.

Ella se levantó y acercándose á él, repuso con firmeza:

—Nó; no es para mí un asunto de administracion. Es una cuestion de amistad, de simpatía, casi de deber. Ya sabes el interés puro y fraternal que Federico me inspira. Conoces su mérito, su probidad; yo respondo de su abnegacion, de su celo, y te pido como una prueba de condescendencia, de afecto hácia mí; como una gracia personal, esa plaza que á nadie has prometido y que deseo la otorgues á él.

Vandelle pareció reflexionar un instante y respondió luego:

—Siento rehusarte lo que me pides. Para la vigilancia de las máquinas, me bastará un buen contraamaestre. No me gustan los muchachos de academias, que vienen embutidos de teorías nuevas y revolucionan los talleres.

—Pues no hablemos más de ello, dijo Enriqueta dirigiéndose hácia la puerta.

—Lo siento mucho...

—Yo soy la que siento haberte importunado, replicó ella sin volverse.

Y salió por la puerta del jardin, dejando solos á su marido y á su lectora, que acababa de entrar y habia oido las últimas palabras de la conversacion.

XII.

Ester Sandraz, siguió durante un momento con la vista á Enriqueta. Y cuando la vió desaparecer por uno de los paseos del parque, dijo á Vandelle:

—¿Por qué rehusa V. á ese jóven una plaza en la fábrica?

—¿No lo ha adivinado V.?

—Nó.

—Por dos motivos!

—¿Cuáles?

—En primer lugar, dijo paseándose con agitacion, porque no me conviene introducir un espía en mi casa.

—Para lo que tendria que espiar, dijo Ester sonriendo, con venga V. en que el cargo seria una verdadera canongía.

—Sea. Pero...

—Pero ¿qué?

—Nada; dijo sin detenerse en sus paseos.

—Adivino: cuenta V. con el porvenir!

—Oh! exclamó; pobre de mí si no contase!

—Pues hace V. muy mal: el porvenir será igual en todo al presente.

—Lo veremos!

—Ya está visto. Pasemos al segundo motivo.

—El segundo motivo consiste en que no me hallo dispuesto á ser condescendiente.

—Ya se conoce. ¿No ha tenido V. hoy buena punteria en la caza?

—¡En la caza!

—Sin duda alguna. ¿Con quién está V. enfadado?

—¡Y V. me lo pregunta! ¡Contra V! dijo al fin deteniéndose delante de Ester.

—¡Contra mí! ¿Y qué es lo que tiene V. que reprocharme? ¿Acaso no cumplo mis deberes de lectora y acompañante? ¿No gano concienzudamente mis ciento cincuenta francos por mes, además de la mesa y la casa?

—Basta de bromas! Si hace tres semanas hubiera sabido que venia V. aquí para torturarme....

—Pues, ¿con qué objeto habia V. supuesto que venia? ¿Qué es lo que esperaba V.? ¿Que tal vez pretendia yo, disputarle á usted á su mujer, participar con ella de sus favores, representar el papel de criada amancebada al lado de la esposa legítima? Yo, Ester Sandraz, representar papel semejante! Segunda sultana en el serrallo del pachá Vandelle, en la Alta-Garona! Pensar esto, es sencillamente una estupidez, amigo mio! Oh, Dios! Cuánto ha perdido V. desde que habita en provincia!

—Propuse á V. que partiéramos juntos.

—Para verme abandonada al cabo de seis meses ó de un año, cuando se hubiera V. cansado de ese viaje sentimental, ó cuando las necesidades de la fábrica, hubiesen reclamado su presencia en ella! ¡Muchas gracias! No me gusta tampoco el papel de Ariadna abandonada!

—Ah, replicó él acercándose mas á ella, é intentando apoderarse de una de sus manos, no te abandonaré nunca!

—Posible es, repuso ella separándose: no son los abandonados los que mas sufren, la esperiencia se lo ha enseñado á usted ya... Ha sentido V. la fuerza de ciertos recuerdos... Pero; ¡qué hemos de hacerle! soy desconfiada y además..... además, usted es casado, caballero y á mí no me gusta cazar en la propiedad del vecino.

—Pues entonces, ¿qué es lo que V. pretende? exclamó Vandelle cada vez mas exasperado.

Ella le miró fijamente, y respondió:

—Ya lo sabe V.; V. mismo lo ha dicho hace poco: quiero hacerle sufrir.

Enrique consiguió apoderarse de sus manos y apretándose-las nerviosamente:

—¡Cuánto me odias! exclamó.

—Sí.

—¿De veras? ¡No me desmientes!

—Te odio todo lo que te figuras, y tal vez mas aun, añadió riendo á carcajadas, y sin evitar su mirada.

—¡Ester! exclamó él ya furioso.

Pero ella continuó riendo á mas y mejor, risa y aspecto que la hacian aun mas nerviosa, mas bella, mas provocativa. Tras de sus labios rojos, espesos y húmedos, brillaba una dentadura admirable en forma y en pureza.

Su cabeza echada hácia atrás, su boca completamente abierta, permitian ver hasta el fondo de su garganta sana y sonrosada. Su pecho saliente, su talle cimbreándose... todo su cuerpo encorvado... ¡qué hermosa la hacian!....

Tan solo estaba sostenida por Vandelle que continuaba estrujándole las manos...

Enderezóse Ester bruscamente, é inclinándose hácia su antiguo amante, le dijo:

—¿Verdad que hay momentos en que me asesinarías con delicia?

—Oh, sí!

—Y sin embargo, me amas!

—¡Si te amo!

—Pues bien... esto prueba...

—¿Qué?

—Esto prueba palpablemente.....

- ¡Acaba!
—Que en el mismo odio, existe...
—Acaba, por Dios!
—¡Já já ja já! ¡Cómo se dejaría cojer!...
—¡Eres un demonio!

Y dicho esto, desanimado, aniquilado por la lucha que acababa de sostener, abandonó las manos de Ester, y se dejó caer sobre una silla.

XIII.

Ester guardó silencio, permaneció inmóvil, esperando que se repusiera, para comenzar un nuevo combate, é imponerle una nueva tortura; despues se deslizó por detrás de él y poniéndole una mano en el hombro y bajándose para que su rostro rozara con el suyo, le dijo lentamente, con voz dulce y tibia:

—¿Se acuerda V. Enrique, de la casita de la calle de Séze, de aquel gabinete misteriosamente velado... de la ventana por donde yo le veía á V. llegar... ¿Se acuerda V. de aquellos brazos que le aguardaban, de aquellos ojos que buscaban los de usted; de aquella voz que le decía: «¡No te vayas aun!»

Loco de nuevo por aquellos recuerdos que súbitamente se complacia en evocar, por aquella inesperada ternura, tanto como antes lo había sido por sus provocaciones, quiso Enrique atraerla hácia sí, é intentó estrecharla entre sus brazos.

—¡Cuidado! exclamó ella con púdico acento... Si entrase su mujer de V. en este momento. No quiero que pueda suponer que autorizo á V. para que me haga el amor. ¡Calcule V.! Me despacharía inmediatamente... ¿Y qué sería entonces de mí?

Detúvose; tomó aliento, y prosiguió:

—A propósito de la mujer de V., siempre me olvido decir á V. una cosa; verdad es que nos hallamos tan pocas veces á

solas... Es encantadora su mujer de V.; ayer la contemplé con fijeza: yo soy práctica en estas cosas! ¿Por qué no la ama usted? Porque la verdad es que... ¡míreme V. bien! ¿Valgo, acaso, más que ella?

Al decir esto, poníase delante de él, en plena luz, con el rostro animado, los ojos brillantes, la sonrisa en los labios, segura de sí misma, resplandeciente de juventud y de belleza.

—Oh, exclamó él, llevando las manos á sus ojos, como si quedase deslumbrado: no me mires así, no me digas que te mire: tu vista me vuelve loco!

—Ya lo sé, y por eso mismo lo hago... replicó Ester, fria y burlona de nuevo.

—Aun, y siempre, esa burla cruel!

Sentóse ella en el sofá, se estendió en él lánguidamente y con tono sentimental y vaporoso, dijo:

—Esta noche he soñado con V.: veíale tal como era en otro tiempo, cuando era dueño de mi corazón, cuando me proporcionaba V. todos los delirios, cuando me bastaba tocar una de sus manos para sentir estremecerse todo mi sér... Oh, Enrique, Enrique ¿por qué me dejaste partir, por qué tú mismo partiste, por qué pusiste á esa mujer entre nosotros?

—Olvida que existe.

—Pero no por eso dejará de existir. Y además, añadió cambiando de tono; ¿quién le dice á V., que aunque fuese libre, yo le amaría?

—Eres la tortura viva é implacable! Juegas conmigo como el tigre con su presa... Con una palabra, con una mirada, sabes abrasarme, me atrevo al fin á esperar... Veo brillar en tus ojos, un relámpago de amor, me lanzo, y una palabra glacial. una sardónica sonrisa, vuelven á hundirme en el infierno!

—Pues precisamente, respondió ella flemáticamente, es lo que apetezco, es lo que deseo!

—¿Y siempre serás así?

—¡Siempre!

—Pues bien, es preciso que esto termine. ¡Conmigo ó sin mí saldrá V. de esta casa!

—Bah!

—Sí; aun cuando tenga que decirlo, que confesarlo todo!

—¿A quién?

—¡A mi mujer!

—¿A la mujer de V.? Es una buena idea. Le aconsejo á usted que la ponga en planta... ¡Seria curioso, muy curioso lo que entonces pasaria.

Oyerónse pasos en la sala contigua. Ester abrió la puerta de cristales que daba al terrado, y salió por ella tranquilamente, con un libro en la mano, no sin haber lanzado antes á Vandelle una postrera y penetrante mirada, que parecia desafiarse á poner en práctica su idea.

XIV.

Demasiado sabia que Vandelle no habia de hablar. De lo contrario hubiéralo hecho el primer dia, cuando apenas la habia visto y aun no habia caido bajo su dominio. Lo hubiera hecho cuando todavía podia decir á su mujer:

—«Sí; he amado antes de conocerte, á la que ha tenido la «audacia de presentarse hoy á tí, pretendiendo introducirse en «nuestra intimidad. Hasta he seguido amándola en los primeros meses de nuestro matrimonio, cuando yo no te conocia «como hoy te conozco. ¿Quién puede impedir que el pasado «no existe? En mi delirio, me atreví á escribirle cartas, que «hoy en sus manos son un arma contra mí. Pero despues, tus «gracias tu belleza, tus esquisitas delicadezas me han conmovido, y poco á poco he ido olvidando los pasados años, para «vivir solo en el presente; mis recuerdos se han estinguido, ya

«solo veo una realidad encantadora. Perdóname, yo te lo suplico, y diga lo que diga, haga lo que haga, espulsa á esa mujer de tu casa.»

Pero Enrique no podia ya decir nada de esto: Ester habia entrado en su casa con el consentimiento suyo; habia cometido la infamia de dar á su antigua querida una plaza en el hogar conyugal.

Y mientras que de este modo convertíase en su cómplice, trasformábase asimismo en su esclavo, en su cosa. Pertenecía-le por toda la violencia de sus recuerdos, de sus combatidos deseos, contenidos é hirvientes hácia dos años, y que á la vista de Ester se habian aguzado y resucitado con furor. En la época en que su imágen era ya indecisa; en que iba apagándose poco á poco, como se extinguen en el horizonte los últimos rayos del sol, presentóse de repente con todo el esplendor de sus veinticinco años, de su desarrollada belleza. No le bastaba aparecer, soberbia, esplendente, suficientemente hermosa para ser adorada al primer golpe de vista por cualquiera que antes no la hubiera conocido, sino que traia consigo el pasado con todos sus escitantes perfumes. No la veia él tal como era ahora con su aspecto reservado y modesto, y su traje apropiado á su nueva situacion, sus ojos bajos, silenciosa y en actitud verdaderamente conveniente; sino que la contemplaba con la ardiente mirada, la boca húmeda y entreabierta, el cabello tendido; el seno palpitante; oíala murmurar á su oido calientes frases, acordándose de todas sus locas y vertiginosas caricias.

Y para calmar la amargura de sus recuerdos, para apaciguar el ardor de su sangre, para atenuar el pasado, ni siquiera se dignaba ofrecer el porvenir; no hacia ninguna de esas promesas que permiten olvidar la hora presente, y refugiarse en la esperanza. Por el contrario, parecia decirle.—«Mira lo que «soy, pero acuérdate de lo que he sido; figúrate lo que podria

«ser, si mezclase el presente con el pasado; si quisiera... pero «no quiero, ni querré nunca.»

Esta última frase, ni oírla quería. Rechazábanla su orgullo y su amor propio. ¡Nunca! ¿Era posible que nunca?... Podía él admitir que después de haberle amado tanto, ella ya no le amase, y que no se viera atormentada por los mismos recuerdos que á él le hacían sufrir? Sí. Al castigarle por su traición, ella debía sufrir lo mismo que él. Pero aquel castigo tendría un término: la pena no tardaría en espirar. Ella intentaba de fijo una prueba; quería de una vez esclavizarle por completo, hacer toda idea de cansancio imposible para el porvenir. Ella seguía amándole. Hacia esfuerzos para asegurarse de ello, y Vandelle lo creía así!

¿Se engañaba? ¿Amábale, efectivamente Ester? Después de dos años de lucha, dos años de esfuerzo para olvidarle habíase visto, obligada á volver á él, víctima de un deseo indomable? ¿Surgía el pasado ante la querida, de igual modo que ante el amante? ¿O bien, según ella afirmaba, victoriosa de sus recuerdos, segura de sí misma, preservada ya de una nueva caída, únicamente pensaba en vengarse?

Si únicamente trataba de hacerle sufrir una espriación, bien podía alabarse de haber imaginado una terrible tortura para martirizar á aquel hombre, cuya alma era cuerpo y á quien azotaba cruelmente en su carne.

Sin embargo; menos dura se mostraba con su antiguo amante que él lo era para consigo mismo; ella, contentábase con vivir bajo su mismo techo, y surgir ante él como un vivo reproche del pasado. Pero si él no hubiera conocido en otro tiempo á Ester Sandraz, no hubiera podido dirigir reproche alguno á Clara Meunier. Esta más bien sufría que provocaba, toda entrevista con él. Vandelle era quien la buscaba sin cesar, quien se ingeniaba en procurarse entrevistas, en sorprenderla; quien

estaba siempre al acecho, siempre espiando la hora en que las más tenaces resistencias, cesan con un simple abrazo.

XV.

Una tarde, cuando Vandelle atravesaba el parque para dirigirse al pueblo, vió á Ester que salía de la casa y se dirigía hacia un cenador frondoso, donde Enriqueta y ella solían refugiarse durante las horas más calurosas del día. Ester iba entonces sola, gracias á que Enriqueta había dicho después del almuerzo que tenía una fuerte jaqueca, y que se retiraba á su habitación.

Al ver á Ester, calculó Vandelle que la ocasión era excelente para tener una larga entrevista con la mujer que siempre le evitaba. Sin embargo, no corrió á ella inmediatamente; con verdadera prudencia, quiso darle tiempo para que se instalase á sus anchas, con el objeto de que no huyera al verle aparecer. Dejó, pues, trascurrir un cuarto de hora, y luego, se ocultó entre unas matas que le permitieron ver, sin ser visto lo que en el cenador ocurría.

¡Feliz idea había tenido al no apresurarse! Aprovechándose de la libertad que Enriqueta la concedía, y persuadida de que nadie había de turbar su soledad, no teniendo, por otra parte razón alguna, para guardar miramientos, Ester, en lugar de sentarse como de costumbre tenía, en el banco rústico, se instaló en una hamaca, suspendida entre dos árboles. Y luego, fatigada por el calor, fué poco á poco quedándose dormida.

Vandelle, silencioso, conteniendo su respiración, contemplóla durante largo rato, con ardiente mirada. Desde el sitio en que se hallaba, veíala por entero, abrazándola su mirada en conjunto. No uniéndose por arriba la tela de la hamaca, Ester aparecía desde luego, de cara y visible de la cabeza á los pies.

¡Espléndida estaba de modo semejante! Un rayo de sol, despues de haber penetrado por entre el ramaje, acudia á posarse en sus cabellos y en sus brazos desnudos, colocados detrás de su cabeza, como sirviéndole de almohada. Las largas pestañas de sus ojos, medio cerradas, derramaban una lijera sombra sobre sus megillas. Su boca entreabierta sonreia voluptuosamente; hubiérase dicho que soñaba en lejanos amores. Colocada horizontalmente, sus pechos abundantes parecian poseer la firmeza del mármol; y los bajos de su falda, un poco alzados, dejaban ver una pierna fina en las estremidades, redonda y carnosa en el centro. Despues de haberla admirado de cara, Vandelle pudo gracias á la colocacion de la hamaca, suspendida entre cielo y tierra, de correr con la vista todos los contornos de su cuerpo, extasiarse ante todas sus líneas fielmente dibujadas por el tendido lienzo que parecia modelarla, como el barro modela alguna maravilla de que un escultor desea conservar copia exacta. Sus anchos y redondos hombros, su espalda perfectamente curva, sus costados poderosos, á los cuales, el vestido arrugado bajo ella é invisible daba mas amplitud, desarrollábanse con magnificencia; y el lienzo blanco de la hamaca, al cubrir á medias á aquel bellissimo cuerpo, disimulando los vestidos, prestábale la blancura del mármol, la desnudez de la estátua.

Enrique no se cansaba de contemplarla, y su cabeza se turbaba. Todo, en la naturaleza, parecia haberse asociado, en aquel instante, para embriagarle; olas de ardiente luz, exhalaciones de la tierra bañada por el sol, el mismo cenador, sonoro, gracias al zumbido de mil insectos.

No obstante, aguardó á que los ojos de Ester se hubiesen cerrado por completo; á que su seno, nerviosamente agitado al reclinarse, acompasara tranquilamente su movimiento, y entonces, cuando esto sucedió, abandonó el sitio en que se hallaba, y dulcemente, procurando no hacer ruido alguno, se deslizó hasta ponerse junto á la hamaca.

XVI.

Colocóse al lado suyo, sin que ella abriera los ojos, y pudo contemplarla de cerca, aspirando sus perfumes favoritos y todos los perturbadores efluvios que se desprenden de la mujer amada.

Despues, presa de tirano delirio, se lanzó hácia ella con indecible arranque y unió sus labios á los de Ester.

Despertóse esta sobresaltada. Su mirada manifestó el espanto, pero como no podia dar un grito, como se hallaba atada, por decirlo así, colocó sus manos sobre los hombros de Vandelle, é intentó rechazarle.

Consiguió alejarle un poco, mientras que de sus labios, única parte libre que de su cuerpo le quedaba, salian estas palabras:

—Suélteme V.! Suélteme V. ó pido auxilio! ¡Cobarde! ¡Cobarde!

No pudo continuar; habíase él apoderado de sus manos, y de nuevo aprisionaba su boca con besos febriles.

Hizo entonces enérgicos esfuerzos para deslizar su cabeza por un lado, para evitarle.

Pero todo aquel que haya subido para descansar, en una hamaca algo elevada, no debe ignorar que es dificilísimo salir de ella y poner los piés en el suelo, aun cuando nadie se halle allí para privar los movimientos. Ester hallábase cautiva en aquella especie de saco de tela, que por todas partes la oprimia, y además estaba sujeta por un hombre robusto, nervioso y violento.

La lucha era imposible; renunció á ella. Era preciso sufrir los besos de Vandelle; se resignó. Pero entonces sucedió un extraño fenómeno, probado varias veces, aun en las mujeres mas expansivas: bien sea que la sorpresa, la cólera, la indignacion, las paralicen de repente, ó que tengan en sí una fuerza de vo-

luntad capaz de dominar la violencia de su temperamento. permanecen á veces de bueno ó de mal grado, tan frias, tan glaciales, como apasionadas lo son en otras. La mujer, sin duda, porque es débil siente instintivamente horror á la violencia: quiere dar, en general, pero no desea ser robada. Mas de un hombre ha visto escapársele una victoria de este género, por haber apresurado bruscamente el desenlace.

A la repugnancia de Ester, á su cólera por verse groseramente atacada de aquel modo, al desprecio tal vez que entonces le inspiraba Vandelle, uníase otro motivo de resistencia pasiva, ó de fria resignacion; si cedía á los transportes de su antiguo amante, si respondía á sus caricias, no tardaría en sucumbir por completo, y entonces perdía su venganza. Dias y noches de horrible lucha, inmoladas, así como años enteros, en aras de la muerte de sus escitantes recuerdos, intentando atenuar su ardor; mil esfuerzos, mil sufrimientos, todo, todo llegaba á ser inútil, todo se borraba en un momento. Un segundo de olvido bastaba para unir el pasado con el presente. Había venido á castigar á Vandelle, y le recompensaba; en lugar de sufrir, triunfaria!

Así pues renunciando á una lucha peligrosa, sufrió los besos que le daba, pero no le devolvió ninguno. Sus dientes se apretaron, sus labios permanecieron obstinadamente cerrados, frios, secos, inertes! Vandelle había aplicado su boca á la de una muerta.

Admirado, asustado, levantó bruscamente la cabeza, y la miró: ningún color animaba el rostro de Ester: sus ojos permanecían apagados, inmóviles, sin espresion alguna. Fijábalos sobre él, sin que se pudiera leer en ellos, ni un reproche, ni un insulto, ni un deseo, ni la alegría del triunfo!

Como esta frialdad había llegado á helarle también, y ya no se atrevía á volver á inclinarse sobre Ester, aprovechó esta, la libertad que se le había devuelto, para incorporarse en la ha-

maca, mover sus piernas hácia un lado, y tomar, de este modo un punto de apoyo en el suelo.

Después, libre ya, de pié, severa, impasible, se alejó, sin dignarse siquiera volver la cabeza.

XVII.

La venganza de Ester, había, pues, tomado una nueva forma, y de las más inesperadas. En efecto nunca había acudido á la imaginación de la jóven, que estuviera llamada á representar un día el papel de estatua; de fijo, que á saberlo de antemano, se habría considerado inhábil para el caso. Y cuando calculaba con no escasa inquietud, lo que sería de ella, si Vandelle tomando fuerzas en sus éxitos pasados, se mostrase más audaz, hé aquí que de repente se encontraba en estado de resistir á todos los ataques, provista de armas defensivas que la hacían ser omnipotente.

Las fuerzas aumentaban con esta victoria; habiendo sabido resistir al primer ataque, esperaba sostener de igual modo todos los demás.

Ya no se veía obligada á contenerse en una prudente reserva, omitiendo toda clase de coquetería. Podía ya dejarse admirar sin peligro alguno, puesto que permanecía insensible á aquella admiración, impidiéndole traspasar los límites que ella le había consignado.

De este modo podría añadir un refinamiento á su venganza, que de inactiva la trasformaría en militante. Desafiaria á su adversario á medir sus fuerzas con ella, le dejaría comenzar las hostilidades, exaltarse en el combate, y en seguida opondría á sus audacias y sus ardores, su impasibilidad y su sangre fría. Siempre había seducido la lucha á aquella estraña mujer, que según hemos oído, á los veinte años domaba los caballos rebeldes, escalaba las montañas y desafiaba al mar.

Dotada de una imaginacion siempre despierta, y cuya actividad se aumentaba con las actuales abstinencias, tal vez encontraba un secreto goce en cubrirse de aquel cilicio, en macerar sus carnes, en vencer á sus sentidos. A veces el ascetismo encubre una profunda voluptuosidad.

No debia tardar Vandelle en proporcionarle una ocasion para triunfar aun de sí misma. Su primera derrota no le habia desanimado; considerábala como una simple escaramuza, en la que habia sido vencido por sorpresa, y por lo tanto, propúsose dar una gran batalla, sin poner en duda que la victoria estaria de su lado.

XVIII.

Ni el mejor general, por otra parte, hubiera combinado mejor su plan estratégico. Escogió con sumo cuidado, el terreno, el dia y la hora. Llevó su escrúpulo, hasta el punto de consultar el barómetro; queria hallarse para combatir con ventaja en buenas condiciones atmosféricas. Su antiguo modo de vivir, sus numerosas amistades femeninas, le habian enseñado que el estado del cielo, y el viento juegan un gran papel en la historia de las mujeres. Un tiempo húmedo, lluvioso, predispone á la pereza, á la indolencia, á la apatía: la fatiga se siente sin haber hecho ejercicio; la melancolía acude sin motivo fundado; búscase la soledad; apetécese el sueño. Por el contrario, una temperatura seca, un buen viento noreste azota la sangre, activa su circulacion, irrita el sistema nervioso, é impulsa á buscar al prójimo para contradecirle, arañarle ó amarle, segun la complexion del individuo. Cuando el aire está lleno de electricidad, sucede otra cosa muy distinta; ya no se siente solo el deseo de arañar, sino el de morder, pegar ó ser pegado, buscar camorra á las personas mas inofensivas, abrazarse á un pecho amigo, gritar, reir ó llorar. Las mujeres dan, por lo regular, su

primera caida en dias tempestuosos. Que se acuerden y reconocerán, que el cielo fue su cómplice; esto es un consuelo para ellas, pero en verdad que el cielo debe tener la conciencia muy cargada.

Así pues, Vandelle, como hombre experto, y jugador que desea encontrar probabilidades de ganancia, escogió un dia de tempestad para dar la batalla.

Crejó así mismo prudente aprovechar un viaje que Enriqueta hizo á Luchon, donde entonces se encontraba una parienta suya. En los dos primeros dias de esta ausencia, Vandelle habia deplorado la serenidad del cielo, la bondad de la atmósfera que parecia no querer ayudarle, impidiéndole tal vez aprovecharse de una ocasion tan propicia. Pero desde el mediodía del dia tercero, espesas nubes velaron bruscamente las montañas; el aire se hizo pesado, asfixiante. Todo anunciaba una de esas tormentas tan frecuentes en los Pirineos.

Pronto el trueno se dejó oír á lo lejos, los ecos de la montaña prolongaron su sonido hasta el infinito y rápidos y frecuentes relámpagos comenzaron á desgarrar las nubes.

A la caida de la tarde, la tormenta se hallaba en toda su fuerza. Ester Sandraz no habia salido de su cuarto ni aun para comer, pretestando una fuerte jaqueca. Pero Vandelle sabia que velaba; desde el parque habia visto luz por sus balcones.

Esperó que los criados se retirasen á sus habitaciones, y sin hacer ruido, marchando de puntillas, comenzó á subir la escalera de la casa.

Cuando llegó al segundo piso, saltó por un balcon corrido que daba vuelta á dos fachadas, y de este modo, deslizándose, pudo llegar hasta los balcones del cuarto de Ester. Hallólos cerrados, pero la ventana que seguia despues y permitia entrar á un cuartito tocador contiguo al otro, estaba entreabierta. Sofocada por el calor de aquella noche tempestuosa, y no atreviéndose á abrir todos los balcones, Ester habia puesto en co-